

R. (el testigo lo hace.)—El señor Surdum que cortó las cuerdas de los brazos, pasó el instrumento por entre los dos brazos. Había yo probado inútilmente á deshacer el nudo; estaba apretado de tal modo que no lo pude conseguir.

Se le dirigen diferentes preguntas al testigo, las cuales tienen por objeto establecer la posición exacta de los pies y el estado de la atadura. Resulta de sus contestaciones que estaba atado por encima de los talones con un pañuelo que formaba un nudo por detrás; que el cuerpo estaba tendido de cara contra el suelo, por lo cual los nudos daban vista al espectador; que la pierna izquierda estaba ligeramente apoyada por encima de la pierna derecha como efecto del mismo nudo.

P.—¿La opinión de cuantos os rodeaban era que se había cometido un asesinato en la persona de Roux? ¿No era esta la opinión de Armand?

R.—No puedo decir cual fuese la opinión de todos. No les pedí que se explicasen sobre este punto; en cuanto á Armand, no solo me lo dijo en el subterráneo sino también en su habitación.

P.—¿Después del careo entre Armand y Roux en el cuarto de Roux os pareció que Roux representaba la comedia?

R.—No; me parecieron sinceras sus afirmaciones y de ningún modo escitado por una pasión cualquiera.

P.—¿Miraba á Armand fijamente?

R.—Dos espadas no hubiesen producido más efecto que sus ojos.

P.—¿Notasteis una mancha roja en el cuello de Roux? ¿En qué sitio se encontraba?

R.—En la parte derecha del cuello, debajo de la cabellera.

P.—¿Queréis decir en la nuca? ¿Era perfectamente visible?

R.—Muy visible; se la enseñé al señor Surdum.

P.—¿En el hospital, cuando hizo Roux su comunión, os pareció sincero?

R.—Sincero y excesivamente afirmativo.

P.—¿Cómo se procedió á la busca de la llave en el subterráneo?

R.—Cavando el suelo hasta 25 ó 30 centímetros de profundidad.

P.—¿Había algún miembro de la familia que también buscaba y que os guiaba en vuestras investigaciones?

R.—Sí, y hasta me inspiraba en sus consejos.

P.—¿De modo que cuando la operación se concluyó todos quedaron convencidos de que la llave no se encontraba en el subterráneo?

R.—De la manera más evidente, más cierta.

P.—Hay al lado del subterráneo, en el cual buscasteis, otra cueva que comunica con el primero por medio de una ventana con una reja. ¿Buscasteis en la cueva del vino?

R.—Tan minuciosamente como en el subterráneo.

Interpelado sobre el delantal ó rodilla sucia encontrada en el paquete que se sujetó á su examen en la cocina, el testigo opina que todo aquello estaba destinado al lavado y colada, no pudiendo suponerse que Roux tratase de apropiarse aquellos objetos.

*El señor primer Presidente.*—¿Cuál era la reputación de Armand en Montpellier? ¿Qué carácter le atribuía la opinión pública?

R.—Un carácter violento, colérico. Aparte de esto, el Sr. Armand me dió él mismo la ocasión de conocer su carácter, y hé aquí en qué circunstancias. En Enero de 1863 fué á mi despacho, acompañado de su tío Biquet, á quejarse de un cochero que había despedido y que había ido aquel mismo día á su despacho á pedirle la cuenta de su salario. En su queja, el señor Armand me dijo que aquel cochero se había presentado en su casa amenazándole ó injuriándole, de tal modo, que se había visto obligado á expulsarlo para sustraerse á sus amenazas; que queriendo evitar que se repitiese una escena semejante, iba á rogarme que interviniese con aquel cochero, y que le dijera sobre todo que no se volviese á presentar en su casa para arreglar su cuenta, sino que fuese á casa del señor Biquet que estaba autorizado para arreglarla y pagársela.

Recibí la declaración del señor Armand; pregunté la dirección de aquel cochero, á lo que me contestó: «No puedo daros su dirección, pero creo que habita en el cuartel de Santo Domingo.»

Púseme á buscar aquel cochero queriendo ahorrar al señor Armand otro disgusto. Se le encontró,

fué á mi despacho; hícele cargos por su conducta; díjele que si no estaba de acuerdo con su amo, podía emplear los medios legales antes que usar de las amenazas, de la provocación y de la injuria. A lo que aquel hombre me contestó: «Yo no he insultado al señor Armand, yo no le he dicho nada; al contrario, él es quien me ha puesto en la puerta brutalmente.» Además, dijo: «el señor Armand cuando no puede robar á sus criados les pega.» Aquí teneis las expresiones de aquel cochero. De este modo es como he sabido el carácter del señor Armand. No puedo decir cuantas personas han ido después, y aún no hace cinco días, para darme pruebas de esta violencia de carácter. El viernes ó el sábado un hombre vino á decirme: «Estuve empleado como albañil en casa del señor Armand; me tengo que quejar de él, me tiró por tierra.» «No es hoy cuando debíais quejaros», le dije. Aquí teneis de que modo me han dado á conocer el carácter de Armand; nunca había tenido ocasión de conocerlo antes de cuanto he dicho.

*El señor primer Presidente.*—Armand, ¿cuál es el nombre de ese cochero?

Armand.—No puedo decirlo; sin embargo, yo se lo preguntaré á mi esposa, que ella se acordará.

P.—¿Era un cochero el que teníais á vuestro servicio?

R.—Fuí á casa del señor comisario para rogarle que interviniese con aquel cochero para que cobrase su cuenta en casa de mi tío sin decirme injurias, como lo había hecho en mi despacho delante de mi tío. No soy yo el que se cuida de los salarios de los criados; esto es una cosa que corre á cargo de mi esposa. No sé si el asunto fué al conocimiento del juez de paz; no volví á verle.

P.—Es evidente que ese cochero tiene formada de vos una mala opinión.

R.—No tenía nada de extraño: le había despedido.

*El señor Julio Favre.*—Es un cochero despedido.

*El señor primer Presidente.*—Dice que cuando no robáis á vuestros criados les pegais.

Armand.—¿Ha visto él los golpes que yo he dado?

*El señor primer Presidente.*—Se han llamado muchos testigos para que declaren sobre este hecho.

*El señor Lachaud.*—Este hecho no tiene nada de nuevo; encuéntrase en la información. Armand habló de él en su interrogatorio del día 9.

Armand.—Cuando fui interrogado, el señor juez de instrucción me preguntó si me había peleado con mis criados. Declaré que tuve una cuestión con un criado llamado José Blanch, en el campo, y otra con el cochero, la que me hizo ir á buscar al comisario.

Después de algunas preguntas sobre la importancia mayor ó menor que dió Armand á la desaparición de su criado y sobre las preguntas que con este motivo hizo á la camarera ó cocinera, el señor primer Presidente abrió el paquete que contenía las piezas de convicción, las cuales consistían en el pañuelo marcado con las iniciales A. A., que sirvió para atar las piernas de Roux el día 7 de Julio; en la cuerda que ataba sus brazos por detrás y que fué cortada cuando se levantó el cuerpo, en otra cuerda que era la que tenía enrollada al rededor del cuello y retirada por el médico que prestó los primeros socorros; por último, las cuerdas encontradas en los cajones de un buffet de la cocina de Armand, y en su despacho.

*El señor Presidente* desenrolla la cuerda que rodeaba el cuello para que se vea bien su largo: era nueva y lisa.

*La defensa* hace constar que no fué medida.

*El señor primer Presidente* hace entregar al señor Bayssade una cuerda de la misma longitud que la que ataba los brazos de Mauricio Roux.

*El señor Bayssade* la examina, y dice: «Señor Presidente, me hace falta una persona cualquiera.»

Por mandato del señor Presidente avanza el conserje, y el señor Bayssade le ata los brazos por la espalda, de la misma manera que, según él, los tenía atados Roux.

*El señor Julio Favre* al señor Bayssade.—¿Estais bien seguro de que estaba atado de ese modo? Eso es contrario á lo declarado por todos los testigos, que os darán el más completo mentís.

*El señor primer Presidente.*—¿No estaban, pues, atados los brazos separadamente?

*El señor Bayssade.*—No; estoy seguro, lo juro.

*El señor primer Presidente.*—Comprendo toda la trascendencia de la observación que ha hecho la de-

fensa y todo el mundo podrá apreciar toda la importancia de la experiencia que voy á hacer. (Dirigiéndose al conserje.) Conserje, enseñad á los señores jurados como estais atado. (Risas.) Suplico al auditorio que permanezca en silencio; estamos en un momento mas solemne de lo que pueda pensarse; señores jurados, veis como está atado este hombre; la cuerda rodea y une las dos manos á la vez.

*Un jurado.*—¿Podria decir el testigo de que manera se procedió para cortar las cuerdas? Los pedazos que tenemos parecen indicarlo, pero quisiera ver hacer la experiencia.

*El señor Bayssade* corta con unas tijeras la cuerda con la cual estaban atadas las manos del conserje, haciendo pasar en seguida al señor Presidente los diferentes trozos que resultan de aquel corte.

*El señor primer Presidente*, despues de haberlos examinado, declara que no habia comprendido la operacion, que no habia comprendido que las manos estuviesen jux'apuestas por el dorso y que para dejarles libres hubiese bastado pasar entre los dos brazos el instrumento que lo habia cortado todo. (*Dirigiéndose al señor Bayssade*): ¿Testigo, afirmais que las manos estaban atadas asi; que no estaban atadas separadamente ni unidas la una á la otra por un pedazo de cuerda?

*El señor Bayssade.*—Sí, lo juro, lo afirmo. Era preciso que no estuviesen atadas separadamente, pues el instrumento no se hubiese podido introducir entre la cuerda y los brazos sin desgarrar estos últimos.

P.—¿Segun vos, la operacion que acabais de practicar delante de los señores jurados, es exactamente la que debió ser ejecutada en la persona de Mauricio Roux?

R.—Lo afirmo.

Por órden del señor Presidente el ugier presenta á los señores jurados y á los señores defensores, los pedazos de la cuerda que habian resultado de la experiencia que acababa de hacerse.

*Un jurado* al señor Bayssade.—El testigo puede explicar por que ciertos pedazos de la cuerda que ataba los brazos de Mauricio Roux son cortos y por que otros son de doble longitud.

R.—No puedo explicar esa diferencia, de otro modo que en razon á los nudos de la cuerda ó por la superposicion de las vueltas superiores sobre las vueltas inferiores.

*El señor primer Presidente.*—Lo que resulta positivamente de la declaracion del testigo es que, segun él, los puños estaban jux'tapuestos, que la cuerda rodeaba á los dos y que se les separó cortando á través del conjunto de las vueltas de las cuerdas.

*El señor primer Presidente.*—¿Es exacto?

*El señor Bayssade.*—Lo afirmo.

*El señor primer Presidente.*—Esto me basta.

*El señor Bayssade* repite lo que dijo un momento antes, que si los dos puños hubiesen estado atados cada uno por una cuerda y unidos el uno al otro por un trozo, hubiese sido necesario para desatarlos pasar el instrumento entre el brazo y la cuerda; que el brazo hubiese sido desgarrado y que se hubiesen obtenido de esta manera muchos mas pedazos.

*Un jurado* pregunta si por casualidad se habria cortado por encima y por debajo.

*El señor Bayssade* afirma que la seccion fué hecha de un sólo golpe.

Aquí *el señor Presidente*, tomando un trozo de la cuerda, trata con la ayuda de un ensayo de atadura hecho en sí mismo, de demostrar claramente el verdadero punto de la discusion, y dirigiéndose al señor Bayssade:—Testigo, ¿dónde estaba el nudo?

*El señor Bayssade.*—Sobre la parte superior de la mano.

*El señor primer Presidente.*—¿Cómo se ha cortado encima y debajo de un solo golpe? Coged un instrumento y mostradme como se hizo la cortadura.

*El señor Lachaud.*—Fué con unas tijeras y no con un cuchillo con lo que se cortó.

*El señor primer Presidente.*—Es, sin embargo, cierto que se cortó.

*El señor Lachaud.*—Lo que pregunto es el por qué de esa complicacion de cortar arriba y debajo, cuando bastaba cortar por un solo lado para desatar á la víctima.

*El señor primer Presidente.*—¿Testigo, no fuisteis vos el que cortó?

*El señor Bayssade.*—No; fué Servent.

*El señor primer Presidente* hizo la confrontacion

de los pedazos de cuerda resultantes de la seccion de la atadura de las manos de Mauricio Roux. Eran en número de trece, diez pedazos cortos, tres pedazos largos. Los pedazos cortos entre ellos son de igual longitud, lo mismo que los largos. Los pedazos cortos forman exactamente la mitad de los largos, ó de otro modo, dos pedazos cortos forman un pedazo largo.

*Un jurado.*—¿Los pedazos cortos son en número par?

*El señor primer Presidente.*—Encuentro diez pedazos cortos y tres pedazos largos.

*El señor Lachaud.*—Lo cual forman trece y debeis encontrarlos. Cuando vengán las declaraciones de los testigos, los señores jurados se acordarán de este número trece, y entonces discutiremos en vista de la declaracion del señor Bayssade, que declara que las cuerdas no daban sino tres veces la vuelta á los brazos.

*El señor primer Presidente.*—Defensor, no discutais.

*El señor Lachaud.*—No discuto. Dejo sentado.

*Armand.*—Es importante lo que se deja sentado.

*El señor primer Presidente.*—Hé aqui una nueva complicacion que debo hacer conocer: hay un pedazo mas que tiene nudo.

*El señor Julio Favre.*—Está conforme con los procesos verbales.

*El señor primer Presidente.*—Así yo encuentro once pedazos cortos, tres pedazos largos.

*En el banco de la defensa.*—Está bien.

*El señor primer Presidente* al señor Armand.—¿Acusado, teneis que hacer alguna observacion á lo que ha declarado el testigo?

*Armand.*—Tendria mucho que decir, pero mis defensores me dicen que es inútil. La declaracion del testigo no está de acuerdo con la que yo presté ayer. El señor comisario vió siempre un cadáver, un muerto, vió siempre á un hombre asesinado por alguno. El proceso verbal que él formó, en el primer momento, era menos completo y solo fué algunos dias despues cuando yo estaba preso que formó otro mas largo. Hé aqui cuanto tengo que decir.

*El señor primer Presidente.*—¿Sospechais, pues, de la sinceridad del señor comisario de policia?

*El señor procurador general* á Armand.—Esplicaos. ¿Altera la verdad?

*El señor Lachaud.*—Ya lo veremos.

*El señor primer Presidente.*—¿Cuál es el sentido de las observaciones del acusado? El señor comisario dice que en el primer momento vió un cadáver, que Rôux le pareció sincero mas tarde cuando recobró los sentidos. ¿El acusado sospecha de la sinceridad de su declaracion?

*Armand.*—Me veo obligado á ello, sobre todo cuando afirma que las manos estaban atadas juntas.

*El señor primer Presidente.*—Estais completamente en vuestro derecho.

*Armand.*—Tengo el derecho, pues yo dije que las manos no estaban atadas como pretende el testigo. Yo las ví; yo soy el primer testigo, yo afirmo que no estaban atadas como ha dicho.

*El señor primer Presidente.*—¿Testigo Bayssade, afirmais lo que habeis declarado? ¿vuestros recuerdos no os engañan?

*El señor Bayssade.*—No, señor Presidente.

*Pedro Raynal*, cochero, estaba al servicio de la señora Armand, (tia).—El 7 de Julio, á las siete de la mañana, Mauricio Roux pasaba por delante de su cuadra, y le ofreció tomar la mañana: no habiendo concluido su trabajo no pudo aceptar. Media hora despues le vió en la escalera. Hemos reñido el señor Armand y yo, le dijo entonces, cuando encontraré una casa me iré.

A partir de aquel momento no le habia vuelto á ver. A cosa de las nueve y media bajó al subterráneo con la señora Armand, su ama, y una criada para trasbalsar aceite, y volvió á subir á las once y media. Durante todo este tiempo no oyó nada como no fuese el agua que echó un inquilino de la casa.

*El testigo* continúa.—Pedí varias veces noticias de Mauricio Roux durante el dia. Interrogado por el señor Armand sobre lo que podia haberse hecho su criado, le contestó que no lo habia visto desde por la mañana. A las siete de la noche el señor Armand me dijo que bajara al subterráneo con la camarera, que decia haber oido ruido como si fuera de gatos. El portero que nos acompañaba con una lámpara, mirando por la puerta vió las piernas de un hombre.

El señor Armand miró despues que él y no vió

al principio nada. El testigo miró á su vez con la lámpara que tenia en la mano y vió á un hombre atado hasta la cintura, y las piernas atadas con una cosa blanca. El testigo habla en seguida de la llegada del médico y del cerrajero que Armand y el portero habian ido á buscar y describió la posicion en que se encontraba Mauricio Roux.

*El señor primer Presidente.*—¿Teneis algo mas que decir?

R.—Sí, señor.

*El señor Julio Favre.*—Pido mil perdones por interrumpir la declaracion del testigo. El señor Bayssade, á quien se acaba de oír ahora mismo, está hablando con el señor Surdum que no ha declarado todavía.

(El testigo Bayssade vuelve á entrar en la sala.)

*El señor primer Presidente.*—Testigo, no debeis dejar la audiencia.

*El señor Bayssade.*—Es una persona de fuera la que me ha hecho llamar que tenia algo que comunicarme.

*El señor Julio Favre.*—¿Podrá decirnos el señor comisario de policia quien es la persona que tenia que comunicarle algo?

R.—Era el señor comisario central quien me habia llamado para preguntarme si me habia desayunado. (Risas.)

*El señor primer Presidente.*—Entonces el hecho no tiene importancia alguna.

*El señor Julio Favre.*—Disensadme; pero mi observacion subsiste; su importancia puede no aparecer á la vista de todo el mundo; pero para nosotros permanece completa.

*El señor primer Presidente.*—Sin embargo, habeis oido las explicaciones del testigo tan pronto ha entrado en la audiencia.

*El señor Julio Favre.*—No por eso dejaré de sostener que un testigo no deba salir despues que ha declarado.

*El señor primer Presidente.*—Teneis razon, y tomaré mis medidas para que el hecho no se vuelva á repetir.

*El señor procurador general.*—Tambien encuentro la observacion completamente justa.

*El testigo Raynal,* continúa declarando.—Dice

que dejó el servicio de la señora Armand (tia), para entrar en casa de sus antiguos amos, que le daban mas salario.

Interrogado de nuevo sobre el estado de Roux, en el momento en que se abrió el subterráneo, respondió: «No se movia, estaba frio, helado, cuando se le movia le oíamos respirar fuertemente, como si estuviese en la agonía; pero no hacia movimiento alguno: el señor Broche le quitó la cuerda, el señor Armand queria que se esperase la policia; pero el doctor dijo: «hay algo de vida, voy á darle los primeros socorros,» y deshizo la cuerda del cuello.

Sobre el hecho de la atadura de las manos, el testigo declara que la cuerda daba seis ó siete vueltas en cada puño, que los dos estaban unidos por un pedazo de cuerda, como si hubiese estado atado cada puño ó muñeca á cada uno de los extremos de la misma cuerda.

*El señor primer Presidente.*—Habeis añadido algo á vuestra declaracion; repetidla.

R.—El criado y la cocinera del señor Mey, como tambien una jóven al servicio, segun creo, de la señora Guinier, prima de la señora Armand, estando en los baños de mar de Palavas, oyeron como el señor Camilo Armand y el hijo del señor Biguet, decian á otro señor: «Bien sabemos que ha sido él; pero haced todo lo posible para sacarlo de la situacion en que se encuentra.»

P.—¿Habeis oido eso?

R.—Se me dijo que alguien lo habia oido.

P.—¿Quién os lo dijo?

R.—Fueron los dos criados de la señora de Mey, los que me dijeron que el señor Camilo y el señor Biguet, habian dicho eso á un caballero un poco sordo, que creian seria el señor Bedarride.

*El señor Lisbonne.*—El señor Bedarride es un abogado de Montpellier.

*El testigo,* (continuando).—Aquel caballero era un poco sordo, y por esta razon se hablaba bastante alto.

*El señor primer Presidente.*—Este hecho aparece por vez primera en la audiencia; no se encuentra en la instruccion.

Invitado el testigo á mostrar de que manera estaban atados los brazos de Roux, hace la prueba en la

persona del conserje del palacio de justicia, atando cada uno separadamente y dejando entre los dos un pequeño pedazo de cuerda.

*Los señores Lachaud y Julio Favre.*—Los dos puños están atados separadamente.

Es llamado el comisario de policia Bayssade; mira la manera como están atados los brazos, y no reconoce en ella el modo como él los habia visto. «Además, añade, de este modo no puede cortarse la cuerda sin herir el brazo.»

*El señor primer Presidente,* (al testigo Bayssade.)—¿Visteis vos mismo cortar la cuerda con unas tijeras?

R.—Quise desatar la cuerda; pero no pude porque los nudos estaban demasiado apretados; entonces di la orden de que se cortasen.

*El señor primer Presidente* hace observar á los señores jurados, que en el modo de atar, explicado por el testigo Raynal, bastaba un tijeretazo para separar una mano de la otra, mientras que en el sistema indicado por el comisario de policia, era necesario cortar todas las cuerdas, lo que está conforme con su declaracion.

*El señor Armand.*—Me parece que el señor Presidente no ha comprendido bien como el testigo Raynal ha unido las cuerdas. Me parece que ha hecho un nudo en cada vuelta; por consiguiente, para que la cuerda rodee cada puño, es preciso cortar la cuerda en cada vuelta, no bastando dar un tijeretazo.

A peticion del señor Lachaud, el señor primer Presidente hace constar que el testigo habia hecho constar de visu que el subterráneo en que estuvo trabajando con la señora Armand desde las nueve y media hasta las once y media, solo está separado por una sola cueva ó subterráneo de aquel en que se encontraba Mauricio Roux.

*Antonio Cazes,* jornalero y portero de la casa Armand, presta su declaracion en patois.

Su declaracion está conforme con la del anterior testigo: preguntado por el señor Presidente, dice que Roux estaba muy malo, y que no creia representase una comedia.

*El señor primer Presidente.*—Dijisteis que no vió nada en un principio.

R.—No creo haber dicho tal cosa.

TOMO II.

P.—Lo dijisteis delante del juez de instruccion. ¿Sois el portero de la casa de Armand?

*El señor Armand.*—Es el portero de la casa; yo vivo en la de mi tio.

P.—El testigo es tuerto, y con un ojo pudo ver lo que vos, Armand, no pudisteis ver con los dos.

R.—Tenia una luz que yo no tenia, por lo cual no podia yo ver en el primer momento. Por lo demás ¿hubiese yo tomado tantos testigos si yo no hubiese querido ver?

*El señor Lachaud.*—¿Tuvo ocasion el testigo de bajar al subterráneo el dia 7 de Julio, á las seis de la tarde?

*El testigo* dice que bajó para barrer, y que él ni vió ni oyó nada.

*El señor procurador general.*—¿Por qué no se dijo eso delante del juez de instruccion?

*El señor Lachaud.*—Comprendo la razon que le impidió hablar. Os la dirá en patois; prefiero que sea él quien la diga; no yo.

*El testigo.*—Despues de vacilar, dice en patois, que bajó al subterráneo y que se paró á un metro de la puerta *pur pissá.* (Risas.)

*El señor Lachaud.*—Lo dice en patois; pero se comprende perfectamente lo que quiere decir.

*El señor Julio Favre.*—Era contra la puerta.

*El señor Presidente.*—Acaba de decir que á un metro.

*El señor Julio Favre.*—Muy bien. Lo cual quiere decir que estaba á un metro de Roux.

*Juan Servent,* cerrajero, llamado por el señor Armand para abrir el subterráneo, quitó la cuerda que rodeaba el cuello de Roux. Se esperó la llegada de la policia para desatar los puños y las piernas: él fué quien desató las manos mientras el doctor Surdum quitaba el pañuelo que ataba las piernas; despues de subir al enfermo á su cuarto volvió á su casa.

*El señor primer Presidente.*—¿Podeis decirnos como estaban atadas las manos de Roux?

*Servent.*—Como se lo dije al señor juez de instruccion el 8 de Julio; la cuerda daba casi, casi diez vueltas en el puño derecho; cada vuelta concluia por un nudo que apretaba tirando de la cuerda; en el puño derecho solo daba tres vueltas con un nudo tan solo.

Es llamado el portero, y el testigo le ata las manos como estaban, según él, las de Mauricio Roux.

P.—¿Estaban las manos la una contra la otra?

R.—No estaban unidas la una á la otra sino por un pedazo de cuerda, que dejaba entre ellas un intervalo de 8 á 10 centímetros, casi el largo de un dedo.

P.—¿Cómo cortasteis la cuerda?

R.—No pude desatarla, tan apretada estaba; la camarera me prestó sus tijeras, las pasé entre la cuerda y los puños, y corté cada vuelta la una después de la otra.

P.—Habeis dicho que las dos manos no estaban unidas sino por una cuerda tan solo. ¿Por qué no cortasteis desde luego esa cuerda? Parece que es lo primero que debiais haber hecho.

R.—Cuando uno tiene deseos de hacer una cosa pronto, procura concluir como se le ocurre, y no cae en todas esas reflexiones.

Por una observación del señor Lachaud, el testigo declara que cortó inmediatamente las diez vueltas que rodeaban la mano derecha, porque la cuerda estaba mucho más apretada que la de la mano izquierda.

El señor Lachaud.—Y además no daba sino tres vueltas.

El señor primer Presidente.—¿En una de las manos habia más vueltas que en la otra?

El señor Lachaud.—¿Diez en la una?

Servent.—Cerca de diez.

Llamado el testigo Bayssade, examina el modo de atadura que Servent acaba de practicar, y no reconoce en él la manera como estaba atado Roux.

El señor primer Presidente.—¿Estais seguro?

R.—Lo aseguro una vez más bajo la fé del juramento que he prestado.

El señor Julio Favre.—Tenemos dos testigos que se contradicen.

El señor Lachaud.—Y uno de los testigos fué el que cortó la cuerda.

El testigo Bayssade afirma de nuevo que Servent cortó la cuerda de un solo golpe. Está más seguro hoy día, en cuanto los pedazos de cuerda cortados son iguales los unos á los otros.

El señor Julio Favre.—Eso es discutir.

El señor primer Presidente.—El testigo no discute; pero el estado de las cuerdas confirma su declaración.

El señor Julio Favre.—Convenid, señor Presidente, que esto es discutir, y no puede el testigo ni nadie entrar ahora en ello.

El señor primer Presidente.—Testigo Bayssade, vuestra declaración sobre este punto tiene una importancia capital; os conjuro para que evoqueis todos vuestros recuerdos.

R.—Afirmo y juro que no se practicó sino una sola operación, y que esta fué hecha instantáneamente.

(Murmullos de desaprobación cuando el testigo va á sentarse.)

El señor primer Presidente.—Ruego al público se abstenga de aprobar ó desaprobando las declaraciones. Si esto vuelve á repetirse, usaré para reprimirlo de las medidas que puedo por razón de mi cargo.

Llamado el testigo Raynal, á petición del señor procurador general, declara, en vista de la insistencia del comisario, que no habia separación entre las dos manos.

El señor primer Presidente.—Servent: ¿cómo dijisteis que habia separación?

Servent.—Lo he dicho siempre, y siempre lo diré. La cuerda iba de una mano á otra. Puedo equivocarme sobre el número de vueltas de la mano izquierda; pero no puedo equivocarme sobre la separación.

El acusado Armand.—Dignaos permitirme una explicación. No hay sino medir los pedazos de cuerda que están sobre la mesa, y ver si forman la dimensión de dos puños ó de uno tan solo. De este modo se verá que Servent dice la verdad.

El señor primer Presidente.—Haremos todas las experiencias en la persona de Mauricio Roux. Lo que hago constar en este momento es que el comisario de policía está tan afirmativo como puede estarlo el que más, sobre la manera como las manos estaban atadas, y que la declaración de Servent está en completa contradicción con la suya.

El señor Lachaud.—¿Y Raynal, no confirma la declaración de Servent sobre el punto más importante? Según el comisario de policía, las manos, cualquiera que fuese su posición, no estaban unidas

sino por una sola atadura. Según Raynal y Servent, cada muñeca estaba atada separadamente, y estaban después unidas la una á la otra. Tenemos algo mejor que la declaración; tenemos experimentos: la única diferencia que media entre ambas declaraciones, es sobre la separación.

El señor primer Presidente.—No lo habia yo comprendido así (dirigiéndose al testigo Raynal).—¿Os acordais de que hubiese una cuerda sobre un puño y otra sobre el otro?

R.—No, señor. No he visto unidos los unos sobre los otros.

El señor Julio Favre.—Cuando hace poco enseñaba de qué modo estaban las manos atadas, ha dado cierto número de vueltas, primero en el puño derecho, después en el izquierdo.

El señor primer Presidente.—¿No podeis decir si la cuerda rodeaba un puño y después el otro, y si un pedazo de cuerda unia una muñeca con la otra?

Raynal.—Me pareció; pero no estoy seguro.

El señor primer Presidente.—Es preciso que no se pueda abusar en favor de un interés cualquiera de experiencias mal comprendidas cuando os he dicho que ataseis al conserje, habeis atado una mano, después otra, ¿creiais proceder así de una manera exactamente igual á la que visteis?

R.—Creí hacerlo.

P.—¿Pero cuando os pregunto ahora que preciseis si los puños de Mauricio Roux estaban atados como los del conserje, ó bien si estaban de otra manera, no podeis asegurarlo?

R.—No lo puedo asegurar.

P.—Os invito, como hace poco lo hice al comisario de policía, á que sobre vuestro honor y conciencia, bajo la fé del juramento que habeis prestado, digais si os acordais, y me respondeis que no podeis asegurarlo.

R.—No lo puedo asegurar.

El señor procurador general.—Los señores jurados apreciarán.

Un jurado.—¿Permitirá el señor Presidente que el testigo Servent fije cual era la persona que tenia en aquel momento la lámpara en la mano, y si todos podian ver la manera como las manos estaban atadas?

El testigo Servent.—No me acuerdo.

El señor primer Presidente.—¿Y vos, señor comisario de policía?

R.—No me acuerdo de una manera exacta. Me parece que era la camarera, pero no puedo afirmarlo.

El doctor Brousse (Leon-Victor), doctor en medicina en Montpellier, fué á prestar los primeros socorros á Roux á instancia del señor Armand, pues hace diez años que está enfermo y se ha visto obligado á dejar el ejercicio de la profesión.

¿Qué creéis que tiene?—preguntó el testigo al señor Armand.—No sé, le contesté y le conté la manera como Roux, que habia desaparecido desde por la mañana, habia sido encontrado en el subterráneo. El testigo suplicó al señor Armand llamase á otro médico, pues su estado de salud no le permitia prestar al enfermo los más activos cuidados; pero el señor Armand le contestó: «Os ruego presteis los primeros auxilios, y esto me dará tiempo para llamar á otro médico.» El testigo le indicó el doctor Surdum, y por sus apremiantes súplicas se prestó á ir á ver el enfermo.

Entró, dice, en el subterráneo y encontró á la izquierda de la puerta de entrada un hombre como de treinta años, tendido en el suelo y cubierto de pequeños pedazos de carbon. Tenia las piernas atadas por encima de los tobillos por medio de una corbata ó un pañuelo; las manos atadas por la espalda; inclinándose sobre él vi una cuerda al rededor de su cuello y me apresuré á deshacerla con la ayuda del cerrajero.

Los brazos y antebrazos estaban frios; la cara por el contrario me pareció muy caliente, la respiración ruidosa (bruyante). Puse el dedo sobre la carótida y sentí un temblor muy débil; el pulso era poco sensible; el párpado inferior del ojo derecho que bajó no estaba contraído.

Mientras el señor Armand fué á llamar al comisario de policía y al juez de instrucción, hice calentar agua, aplicarla en los brazos, y comprimí el pecho del enfermo, primero en sentido inverso, después de delante á detrás; pero como mi estado de debilidad me impidiese continuar por mucho tiempo aquellas operaciones, me reemplazaron el cerrajero y